

NOTA EDITORIAL

En ocasiones se pierde la perspectiva, pero lo cierto es que el Partido Popular está gestionando la primera hora del día después de la catástrofe que los Gobiernos socialistas han supuesto en la historia de España. Fue Gregorio Peces-Barba quien afirmó que los Gobiernos de Aznar constituían un paréntesis en la historia democrática española, y todo indica que el socialismo trabajó intensamente para que pudiera ser así. Hacer que el paréntesis lo constituya el zapaterismo no es fácil, porque la devastación sobre las instituciones que deben hacer posible ese cierre ha sido más intensa de lo que se podía esperar. Por mucha fuerza que se quiera aplicar, se necesita un punto de apoyo, y ese, a día de hoy, solo se encuentra en algunas instituciones y en un mandato electoral irreprochable.

Cualquier partido político, y más si es el partido del Gobierno, necesita elaborar un mensaje central con el que explicar sus posiciones. En ocasiones las circunstancias en las que se realiza esa tarea son muy adversas y ese mensaje es difícil de componer y difícil de hacer llegar a la opinión pública. Este es el caso actualmente de España, donde la política se ha de hacer en mitad de un ruido inducido y alentado por algunos interesados en que las razones y los proyectos se pierdan en un fondo de algarada, que por nacer de una supuesta “justa indignación” está exenta –al parecer– de respetar los límites y de atenerse a las normas.

Volvemos a contemplar cómo la legítima discrepancia con las decisiones del Gobierno deriva en absolutamente ilegítimas estrategias de acoso e intimidación. Estrategias ejecutadas por personas o grupos que ni buscan la promoción del interés general ni sabrían cómo buscarla si lo pretendieran. Este “guadiana” de la indignación social, que solo emerge cuando la izquierda está en la oposición, muestra un desprecio por las instituciones de todos que revela un fondo filototalitario heredero de la peor historia política española.

Es uno de los legados del socialismo que creó, alimentó y exacerbó todas nuestras crisis durante sus siete años de gobierno y que, sin embargo, ha sido blanqueado en los medios de un modo sorprendente, lo que da por resultado la apariencia de un PP fundador de la crisis y no un PP heredero de ella. Hay que insistir en el proyecto y en el mensaje, porque de lo contrario nada se entenderá y nada se podrá hacer de verdadero provecho. El PP no gestiona un *resort* exclusivo, sino una zona catastrófica que no lo es por causa natural sino por causa humana: Zapatero y quienes lo aplaudieron, lo jalearon, lo consintieron y lo sostuvieron cada vez que daba un paso más hacia la demolición de nuestro país.

Este es el diagnóstico que hizo la inmensa mayoría de los españoles, y es lo que explica el hundimiento electoral socialista. Hay que recordarlo y actuar en consecuencia, porque ese es el fondo sociológico que realmente existe y del que realmente se depende para lo importante. Y no de la incivilidad gárrula que ya conocemos.

Se habla de una cierta crisis del PSOE y se dice incluso que está pagando por sus culpas. De ser así, el precio es muy barato en comparación con el que estamos pagando todos. Porque un periodo de gobierno que ha vandalizado la economía y las instituciones, seguido por una serie de derrotas electorales muy duras y una proyección de resultados muy mala, no han cambiado nada de lo fundamental en el socialismo. Ni siquiera a los responsables directos. Al contrario. Todo va a peor en él y por el mismo camino, y como afirmó recientemente Nicolás Redondo Terreros, muchos socialistas de bien se conformarían ya con que se preservara al menos el nombre del partido y se aspirara a mantener un proyecto político nacio-

nal. Se conformarían con que se dejara de barrenar el escaso suelo firme sobre el que se puede construir la recuperación de nuestro país.

El Partido Popular es depositario del mandato de una gran mayoría, pero la concertación para negar legitimidad a ese mandato y para neutralizar esa mayoría intensifica su estruendo día a día. Por eso es necesario que el mensaje político popular se reafirme, se perfeccione y se transmita con más fuerza hasta convertirse en la referencia principal en los medios y en la calle.

El PSOE no solo es responsable de la crisis sino que está muy lejos de cooperar a su solución. El Partido Popular ha de hacerle frente en solitario y soportando un progresivo deslizamiento del tono de la disputa hacia lo antisistémico y la acción directa. No es nuevo. Y no conviene hacerse ilusiones sobre el compromiso de la izquierda y del nacionalismo con la legitimación democrática del Partido Popular. Hubo que esperar demasiado con motivo de la agresión que sufrió el PP en Martorell al inicio de la campaña electoral catalana de 2006 para escuchar al secretario general de CiU, Duran i Lleida, afirmar sobre esos hechos que “provocan que el PP haga victimismo e intente sacar votos”. Por supuesto, Duran hizo esa manifestación sin “restar un gramo a la solidaridad con ese partido”.

Hay en conflicto dos versiones sobre España, sobre el PP y sobre lo que se ha de hacer. La que importa es la que avala una mayoría absoluta recién obtenida, una mayoría que espera lo que siempre ha esperado del Partido Popular, porque es lo que quiere y es lo que cree.

Ayudar a que el proyecto del Partido Popular progrese y a que su mayoría electoral se consolide como el pilar de una verdadera transformación social es lo que está en el ánimo de *Cuadernos de Pensamiento Político*, que en este número 38 presenta los siguientes estudios: “Terrorismo en Irlanda del Norte: evolución y análisis de situación”, de Rogelio Alonso; “Los desafíos del populismo y del nacionalismo radical”, de Javier Zarzalejos; “Francia ante la crisis: reformar en democracia”, de Íñigo Tellechea Mora; “Controlando al Leviatán: corrupción, anticorrupción e islas de autoridad”, de Martín Santiváñez Vivanco; “Benedicto XVI: una teología entre la nostalgia y la esperanza”, de Jon Juaristi; “Obama y la nueva ciudadanía”, de José María

Marco y Rafael Rubio; “Israel sitiado. Amenazas en Oriente Medio”, de Jacob Israel Sananes; “Un marco fiscal orientado al crecimiento económico”, de Arthur B. Laffer; “La segunda muerte de Menéndez Pelayo”, de César Alonso de los Ríos; *Cuadernos para el Diálogo* en la distancia del medio siglo, de Javier Rupérez; “Las instituciones y su futuro en un tiempo de incertidumbre”, de Mario Ramos Vera.

Los libros reseñados en este número de primavera son los siguientes: *Largo Caballero. El tesón y la quimera* (Julio Aróstegui), por Roberto Villa; *Miguel de Unamuno* (Jon Juaristi), por Carlos Robles Piquer; *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity and Poverty* (Daron Acemoglu, James Robinson), por Pilar Marcos; *Winner Take all. China's Race for Resources and What It Means for the Rest of the World* (Dambisa Moyo), por Ignacio Bisbe; *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical 1958-2011* (Gorka Fernández Soldevilla, Raúl López Romo), por Jorge del Palacio, y *La Europa asocial. ¿Caminamos hacia un individualismo posesivo?* (Luis Moreno), por José Luis López Valenciano.